

YO SOY ESCRITORA



Laboratorio Editorial

6

X

4
Relatos



LABORATORIO
EDITORIAL
24 MUJERES

Yo soy escritora - Laboratorio editorial
24 relatos - 24 mujeres, 2008

Con el apoyo de:
Universidad Jorge Tadeo Lozano, Facultad de Ciencias Sociales

Agradecimientos:

Javier Anaya
Juliana Borrero
Andrea Echeverri
Antonio García
Juan Pablo López Conde
Mahle Matallana
Carmen Millán
Pilar Reyes
Antonía Ungar

Jurados:

Guadalupe Nettel
Juliana Borrero
Leonardo Montenegro

CONSORCIO LA LUPE

Dirección del proyecto: Catalina Vargas

Coordinación Talleres: Vanesa Solano

Editora: Tatiana Andrade Mejía

Diseño piezas convocatoria: Alejandro Mancera

Diseño y diagramación: Viviana Díaz

Ilustraciones: Mateo López

Carátula: Mateo López y Viviana Díaz

Impresión: D'Vinri S.A.

© Consorcio La Lupe, 2008

Primera edición, 2008

ISBN: 978-958-98555-0-8

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier proceso reprográfico o fónico, por fotocopia, microfilme, offset o mimeógrafo, sin previa autorización del Consorcio La Lupe.

Laboratorio Editorial: futuras escritoras es uno de los 30 proyectos ganadores de la convocatoria Bogotá, Un Libro Abierto, en el marco de la celebración de Bogotá Capital Mundial del Libro 2007.

24 MUJERES

Andrea Juliana Enciso Mancilla	8
Catalina Hernández	10
Nadia Ríos Acevedo	12
Carolina Olaya Medellín	14
Clara M. Granados	16
Laura Sofia Martínez Agudelo	18
Hilda Salas	20
Diana Lucrecia García Valencia	22
Sonia Ramón Velásquez	24
Yesi Yazmín Botero	26
Yanina Valdivieso Orozco	28
Liz Rincón Suárez	30
Angela del Pilar Lancheros Mora	32
Liz Viloría	34
Jenny Andrea Moreno Rincón	36
Andrea Cristina Rozo Gil	38
Audrin Bermúdez Zea	40
Manuela Lopera Tamayo	42
Angélica Cardozo Cadavid	44
Andrea Salgado Prieto	46
Martha Liliana Beltrán	48
Lucía Gómez	50
Ana María Amaya-Villarreal	52
María Alejandra Paixão Herrera	54

AGUA

Andrea
Juliana
Enciso
Mancilla

La dimensión no es pues
tan simple como parece a
primera vista. Tal vez todas las
dimensiones de la naturaleza
sean tan engorrosas como ésta;
depende de cómo las miremos.

J. Briggs y F.D. Peat

Estamos hechos de esos pequeños detalles que definimos como minucias.

De espaldas hacia mí, observo cómo el agua se esparce sobre tu cuerpo. Te ves absolutamente desprevenido de mi pequeño pecado de espiarte por la puerta entreabierta del baño... tan liviano.

Mientras me fumo un cigarro y acomodo mi cabeza sobre la almohada, tengo la impresión de que el agua quita todos los pesos, todas las culpas que pudiese haber entre tú y yo, ese hipotético "nosotros". Siempre que encontramos una persona con quien hablar de todas las maneras posibles, hay premisas que consideramos inconfesables o no fáciles de escuchar, eso que nos devuelve como un muro de contención a la sensación de ser hombres o mujeres abandonados en medio del aislamiento de nuestras soledades. Tú y tu pasado, yo y mis historias sin cerrar, tú y tu necesidad de un cuerpo sin preguntas, o la afirmación casi enferma por parte de ambos de ser un par de desconocidos en un mientras tanto.

Me gustaría poner mis manos sobre tu cuerpo húmedo, libre de todos los dolores y las razones desvaídas de estos días sin sol que nos acompañan, de nuestros largos diálogos sin futuros recuerdos que nos esmeramos en disfrazar como libertades en este cuarto con cortinas blancas y en donde altos eucaliptos golpean la ventana, o en los cafés de paso donde hay otros refugiados de la ciudad que buscan un lugar para hablar, para eludir el peso de los informes entregados después de las cinco de la tarde, o los fines de semana llenos de primorosos papás arrastrando coches con bebés de rostros de campaña publicitaria en los parques, la ciclovía o los centros comerciales.

Mientras sacudes tu cabeza como un pequeño batallando plácidamente con la regadera, siento el impulso de hablarte, la necesidad de escuchar otras palabras ajenas a tus historias sin finales felices, a mi monólogo de siempre mientras fumo -no importa el lugar, tan sólo miro tus ademanes, el movimiento de tus manos cuando intentas explicarme algo y hablo para mis adentros- y te observo. En este instante, mientras de lejos te veo y ansío tus palabras para que me liberen de mi papel de siempre, siento la necesidad de entrar a la ducha y estrechar tu cansino cuerpo contra mi cuerpo.

El agua sigue cayendo sobre tu espalda. Sé que en cualquier momento puedes voltearte para buscar en el gabinete del baño la cuchilla de afeitarse o un jabón nuevo y descubrirme aquí, abismada con la imagen de tu cuerpo o la de mi propio reflejo ansioso por encontrar la palabra que nos bautice como una estación de paso para solitarios errantes, mas no me muevo de mi lugar, aunque tampoco me animo a irrumpir o a quitarme la ropa para acercarme a este pequeño instante sólo tuyo de plenitud cotidiana; aún con las ansias de nombrar, de perdonar, de exorcizar mis propias debilidades llenas de excusas y argumentos ponzoñosos como las miradas en silencio que te clavo día a día en cada uno de nuestros encuentros.

Me gustaría poner mis manos sobre tu cuerpo enjabonado, ahora tan leve en medio del vapor, tan abandonado, tan ausente... Sigo fantaseando, imaginando que en este momento te volteas y te percatas, húmedo y complacido, de mi presencia compuesta de estos ojos que te desean mientras imagino mi cuerpo devorado por tu aliento. Sin embargo, debo confesar que me siento libre al encontrarme frente a tu desnudez magnánima, como una espectadora que sacia la sed por poblar al fin con las palabras tu cuerpo mojado y huérfano, en ocasiones aislado de mi lenguaje por nuestras soledades acompa-

ñadas, paradójicamente las mismas, que nos permiten darnos cita una y otra vez.

Creo que los amantes, tú y yo, nos escondemos de la ciudad para intentar hallar, en la caza constante del gesto desprevenido de quien amamos, ese rasgo de humanidad que perdemos día tras día en el contrato de vida engastada y normal que nos hace a cada instante menos reales, más lejanos de nosotros mismos en el trato con los demás. Venimos a descubrir, en fracciones de infinito como ésta, el rostro propio en el cuerpo del otro, que ya no es carne sino espejo de nuestro franco deseo por averiguar quiénes somos. Aunque tú no lo sepas, en este silencio bordado de cotidianidades me devuelves la identidad que pierdo cada día en el papel de dama exitosa libre de ataduras, me entregas las razones de mis abrazos para llegar al otro lado, quizá ése donde anhelo ducharme contigo y encontrarme libre de todos mis miedos y certezas como cazadora errante de hombres, navíos que no llevan a ninguna parte en mi desvarío de mujer aventurera.

Veo que cierras la llave de la ducha y te dispones a buscar con los ojos cerrados la toalla azul para secarte. Supongo que el olor a tabaco me ha delatado, y sé por primera vez, con esta sensación única de libertad, después de meses de encuentros que no llevan en apariencia a alguna parte, que he encontrado al fin el gesto en el que tú, y en cierta forma yo, mientras espío, somos todo cuanto podemos ser. No sé si sea capaz de compartir mi pequeña revelación, este instante de compañía donde la isla de tu cuerpo es algo fijo. Puedo tomar el cenicero y cruzar la puerta, disimular mi descubrimiento, dejar las llaves del apartamento en la mesa de centro, atesorar este gesto para mí y contar con que tú tan solo lo omitas para tener una excusa que me haga regresar a tus brazos.

Podría también quedarme aquí y dejarme descubrir en la desnudez de mi mirada, y entregar todo lo que he

visto, permitir que el muro se desvanezca, así sea sólo para mí. Pero prefiero levantarme tranquilamente; aliso la sobrecama y procuro dejar la almohada donde la encontré, quizá para ocultar un poco la culpa y el placer de mirarte mientras tú tan sólo eres tú y dirigirme a la sala. Sé que de una manera u otra cuento con tu omisión, quizá tú también la necesitas, así como yo preferiría quedarme con esta imagen que me une a ti y a todos los hombres que he amado transitivamente, mientras te secas el cuerpo y comienzas ya a pronunciar mi nombre para que vuelva a tus manos como la pequeña compañera de viaje siempre plagada de gestos amables.

Puedo voltearme, responder a tu llamado y callar con una sonrisa, como es usual en nuestros encuentros, mas hoy en esta pequeña revelación de sentirme completa en tu silencio de espaldas hacia mí, puedo preguntarme cuántas lágrimas serías capaz de derramar por mis preguntas, cuántos océanos has de cruzar por capturar mis ojos cuando te advierten mi presencia. Dejar de ser, por un instante, la mujer que representa a tu lado la grata compañía decorativa para transformarme en aquella que te ama libremente en una época donde muchos han olvidado ser amados en verdad como presencias.

Puedo detenerme como siempre y esperar a que me alcances y te aferres a mi espalda como un náufrago, pero hoy prefiero dejarte con tu soledad y navegar en la mía, mientras voy cruzando paso a paso este territorio donde hemos sido alguna vez felices, para estar por un momento en todas las dimensiones de mis frases, dueña de mi mirada, plena en mí, como la mujer que ha trasegado por los rincones de tu apartamento y, por qué no, de tu vida.